

no escusa, empero esplica sus crímenes. Esta sinceridad, que fué su virtud, dió á su vida la fé, la abnegacion, el entusiasmo, la consecuencia, el patriotismo, la tolerancia, la austeridad de costumbres, la aplicacion á la guerra y á los negocios, la sangre fria, la modestia, la oracion, el sacrificio y la ambicion personal por su familia; todo ese carácter patriarcal y romano de la primera república que caracterizan su vida y su interregno; le dió tambien la implacabilidad de un sectario que al destruir á sus enemigos cree destruir los enemigos de Dios. Los asesinatos de los vencidos en Irlanda, y la muerte á sangre fria de Carlos I son los vértigos de aquella falsa creencia. No se hallaba moderada por ninguna de aquellas clemencias del corazon que disculpan en César las inhumanidades de la ambicion. Siéntese allí el *vae victis* brutal del sectario, del demagogo, y del soldado en un mismo hombre.

XVII.

Como siempre sucede, aquellos dos crímenes se volvieron sin compasion el uno contra su causa, el otro contra su memoria. ¿Qué queria Cromwell? No era el trono: le hemos visto que lo habia tenido en la mano por diez veces; le hemos visto que lo habia rechazado para dejar reinar solo la Providencia. Quería asegurar á su secta de los *independientes* en materia de fé la libertad religiosa; y queria que aquella libertad religiosa estuviese garantida por la poderosa representacion del pueblo y del parlamento, con una direccion monárquica á la cabeza de aquella república de santos.

He aquí lo que resulta pura y simplemente de toda su vida, de todos sus actos, de todas sus palabras. Salvando la causa del rey vencido, y concluyendo con él ó con sus hijos un pacto nacional, una nueva *Gran-Carta*, garantizando la libertad religiosa y la libertad representativa de la Inglaterra, dejaba Cromwell una cabeza á la república, un rey á los realistas, un parlamento todopoderoso á la

nacion, una independencia victoriosa á las conciencias. Matando al rey y asesinando á la Irlanda hacia un agravio sangriento á los realistas; daba mártires á los cultos perseguidos, una reaccion larga y segura al poder absoluto del protestantismo, del estado, ó del catolicismo romano; preparaba el inevitable reinado de los últimos Stuardos que sobrevivian, porque las dinastías jamás mueren en la sangre sino en la fuga. Su ferocidad temprano ó tarde tenia que caer sobre su causa: además tenia que caer eterna y justamente sobre su memoria. Este Mario biblico no podia jamás salir absuelto de estas proscripciones. Después de haber adivinado mucho gobernó patrióticamente, es verdad, fundó sobre tierra y mar el gran poder de la Inglaterra; empero las naciones, tan frecuentemente ingratas con las virtudes que se desplagan en favor de ellas, son tambien ingratas y mucho mas con los crímenes que se cometen para su grandeza. Las naciones, digan lo que quieran los discípulos de Maquiavelo y de la Convencion, tienen una conciencia y unos remordimientos, que duran tanto como la historia. Cromwell hirió la de la Inglaterra, así como su humanidad, con sus crueldades. Las salpicaduras de aquella sangre real, y de aquella sangre del pueblo, han caído sobre su nombre. Su memoria ha quedado grande, pero siniestra. Es una gloria de la Inglaterra, pero una gloria por reticencia. Sus historiadores, sus oradores, sus patriotas, no gustan de hablar de él; no gustan de que de él se les hable: se ruborizan de deber todo á semejante hombre. El patriotismo británico, que no puede desconocer históricamente la realidad de sus servicios, goza de los cimientos que Cromwell ha echado en Europa al poder de su patria; pero lo rehusa en su gloria: acepta la obra; repudia el hombre. El nombre de Cromwell es para los ingleses como aquellas piedras druidas sobre las que sus bárbaros antepasados hacian sacrificios humanos á sus dioses, que arrojaban despues en los cimientos de otra edad, y que no se pueden desenterrar, ni volverles á dar la luz, sin ver en ellas todavía las manchas de la sangre derramada por feroces supersticiones.

GUILLERMO TELL.

Año de 1300 de Jesucristo.

Espondremos lo que refieren los suizos acerca del origen poético de su libertad.

Pero digamos antes lo que la geografía y la historia nos enseñan de Suiza, ó de la Helvecia y de sus habitantes.

Los Alpes, semejantes á un nudo fuerte y prominente de los músculos de granito de la tierra, son una cadena de montañas que se estiende en un espacio de trescientas leguas, desde la embocadura del Ródano hácia Marsella hasta las llanuras de Hungría. Los eslabones de esa cadena se van deprimiendo en los dos extremos hasta confundirse insensiblemente con la llanura, y en el intermedio se elevan á alturas inaccesibles al pie y casi á la vista del hombre. Sus cimas dentadas como almenas de una fortaleza natural, se destacan con deslumbradora blancura por la mañana, rosadas al medio dia y moradas en la tarde, sobre el azul oscuro del cielo. Son los reflejos mas ó menos cálidos del sol sobre las sábanas de nieve eterna de que sus cumbres se hallan revestidas. Cuando se las mira de sesenta á ochenta leguas de distancia, desde lo profundo de las llanuras de Italia ó de Francia, inspiran el mismo sentimiento de lo infinito en altura que el mar ó el firmamento en estension. Es un espectáculo que asombra al espectador, y que de terror en terror, de admiracion en admiracion, eleva al pensamiento del hombre hasta Dios, para quien únicamente nada es alto, nada es vasto. Pero el hombre se siente anonadado ante la arquitectura de esas montañas y lanza un grito. Ese grito es una confesion de su pequenez y un himno al pode-

rio del arquitecto. Por esto hay mas piedad en el mar y en las montañas que en las llanuras. Como el espejo de sus obras en que la divinidad se pinta es mas grande, se diseña y se revela en él la divinidad de una manera mas sensible.

Por el lado que mira al Mediodía ó á la Italia, las pendientes de esas montañas son escarpadas y cortadas como un baluarte elevado para abrigar aquella templada comarca, jardin de Europa. Por el lado del Norte, esto es, por la parte de Francia, Saboya y Alemania, bajan los Alpes desde la inmensidad del firmamento al nivel de los lagos y de las llanuras por declives mas suaves. Parecen una inmensa escalera, cuyos escalones ha ido proporcionando el Criador á los pasos del hombre. Así que se deja la region inaccesible de las nieves, de las escarchas y de los hielos eternos, que forman las cúpulas del *monte Blanco* del *Yung-Frau*, se suavizan las pendientes, como si las raíces de aquellas cumbres gigantescas hincharan el suelo que las oculta, y se revisten de tierra vegetal, de césped, de arbustos, de flores, de pastos humedecidos por la incesante filtracion del sudor de los ventisqueros que humean á los primeros rayos del sol, ensanchándose y rebajándose cada vez mas, como contrafuertes que van á buscar su punto de apoyo muy abajo y muy lejos para soportar el peso incalculable que los agobia. Así van formando entre sí barrancos que luego se hacen gargantas, luego valles, despues cuevas, y por último, llanuras mas estensas, en cuyo fondo se ve desde lo alto estenderse, dormir y brillar lagos de los que escapan rios espumosos que van á buscar niveles mas bajos todavía.

En los costados de los Alpes decrecientes se encuentran cabañas ó casas aisladas, especies de tiendas de madera, edificadas solamente para la estación de verano, á las que suben los pastores en las primaveras para seguir á sus rebaños, y de las que bajan con el otoño. Avanzando mas todavía se encuentran aldeas agrupadas al pie de algunas cascadas y protegidas contra los vientos por bosques de abetos. Las casas de esas aldeas están construidas con vigas y tablas de ese mismo árbol que las protege contra el desplomo de las nieves. Esas casas cubiertas con un techo de madera que sobresale como el ala de un sombrero para defender el rostro de la lluvia, parecen talladas y cinceladas á cuchillo con un arte paciente y curioso como esos juguetes de madera blanca que hacen los pastores para los niños mientras guardan sus vacas. Desde el suelo á los pisos altos rodean la parte exterior escaleras adornadas de arabescos, dando entrada á las habitaciones superiores puertas sobre las cuales se ven nichos donde reposan estatuas de vírgenes, de héroes, de santos. Esas habitaciones están iluminadas por ventanas con vidrieras cuyos vidrios en losanije se hallan inscrustados en plomos.

Largas galerías al aire con balastradas góticas inundan la casa, como un cinturón festonado alrededor del talle de una desposada, y las mazorcas de maíz ó espigas de plantas alimenticias pendientes por la raíz del techo forman un artesonado de mosaicos variados. A través de los vidrios de la cocina se divisan los reflejos de un vasto hogar con lumbre siempre. Ramas y trozos de abeto artísticamente cortados y arreglados bajo la galería, signo de opulencia, forman una pira preparada para el invierno, y al lado de esa pira se abren las puertas de dos hojas de vastos establos cuyo suelo entarimado con madera de abeto está siempre tan lavado y reluciente como la mesa de una muger hacendosa. Un ambiente suave y perfumado con el olor de las terneras sale de aquellas puertas envuelto en melancólicos mugidos de los becerros que llaman á sus madres ausentes. Un puente de madera movable y crugiente colocado á la puerta de esos establos conduce por una larga y suave pendiente los carros de heno desde el corral al granero destinado á guardar el forraje. La seca yerba y la amarilla paja salen por todas las ventanas de aquel almacén vegetal, como la grasa de la tierra que hace brotar el granero del hombre. Percíbese allí la opulencia en la sencillez. En medio del corral un tronco hueco de abeto deja escapar por un tubo de hierro el agua de la colina en una inmensa artesa, también de abeto, en donde bebe el ganado.

A donde quiera que se dirijan las miradas, ya á los costados del Alpe, ya á las colinas ó á la pendiente del ventisquero, al techo de la morada, á las paredes de la casa, á la pira, al establo, á la fuente, no se ve mas que el abeto

vivo ó muerto. El suizo y el abeto son hermanos. No parece sino que la Providencia ha asociado á cada raza de hombres un árbol que la sigue, ó á quien sigue en su peregrinación terrestre, un árbol que la alimenta y le da combustible, que la abriga y la cobija bajo sus ramas, que forma parte de la familia humana; un árbol doméstico, verdadero dios lar de sus hogares; tal vemos el moral en la China, la palmera en Africa y en Océania, la higuera en Judea, la encina en las Galias, el naranjo en Italia, la vid en España y en Borgoña, el abeto en Suiza. El vegetal y el hombre están unidos por vinculos invisibles. Aniquílese el árbol y perece el hombre

II.

Después de cruzar las aldeas de las pendientes de los Alpes, aparecen á lo lejos las ciudades sobre promontorios avanzados ó en ensenadas formadas á orillas de los lagos. Reconóceselas por sus oscuras paredes, sus agudos tejados, sus bolas de estaño que reflejan un sol tibio en la cúspide de sus catedrales ó de sus casas municipales, por su enjambre de velas blancas que se apiñan á la salida ó á la embocadura de sus pequeños puertos sobre las azules aguas de su lago como buitres de mar que la noche arroja á sus rocas.

Esas ciudades, á escepcion de Ginebra, ciudad mas bien anseática que helvética, especie de fonda del universo en aquel valle de Cachemira del Occidente, son de menos que mediana estension, y no ofrecen al viajero esos monumentos, hijos de los grandes pueblos. Mas bien municipios que capitales, parecen esas ciudades restos de un feudalismo muerto ó miembros de confederaciones pastoriles, á quienes la naturaleza del país y la moderación de sus tribus no permiten engrandecerse ni absorber otros cantones. Únicamente llama allí la atención el carácter magestuoso, sencillo y patriarcal de la raza humana. Los hombres son de elevada estatura, de constitucion robusta, bien plantados, de sereno rostro, de mirar franco, de espresion ingenua, de frente grande y lisa, sin esas prominencias y esos surcos que la actividad del pensamiento labra en las frentes de las razas de viva inteligencia.

Las mugeres, de gallarda estatura, de miembros anchos, de brazos flexibles, de piernas elásticas, de cabellos bronceados, de ojos azules, de tez fresca, de megillas ovaladas, de labios arqueados, de metal de voz sonoro y tierno, se asemejan á estatuas griegas, trasportadas sobre un pedestal de nieve, y vivificadas por el aire frio de las montañas. Su fisonomía es una mezcla armoniosa de magestad varonil, y del pudor de su sexo. Se conoce

en su aspecto y en su familiaridad, siempre decorosa con los extraños, que habitan una comarca fria y casta donde no tienen que desconfiar de su propio corazón. Su inocencia las guarda.

Su traje realza sin riesgo su belleza: largas trenzas de cabellos rodeadas de cintas de terciopelo negro, bajan ondeando por ambos lados de su cuello casi hasta sus talones; un sombrerito de fieltro ó de paja cubre la parte superior de su cabeza; un corpiño ajustado de lana teñida ciñe su cuerpo, velando su seno una camisa en menudos pliegues mas blancos que la nieve, una falda de lana de anchos encañonados deja ver sus piernas medio desnudas hasta por cima de sus tobillos. Ora estieñdan el helecho sobre el piso de los establos, ora lleven en sus manos cubos de espumosa leche de sus vacas, ora hiendan con largos rastrillos dentados la yerba segada en los prados pendientes al lindero de los abetos, ó al viento de sus cascadas, sus faenas parecen fiestas. Su voz responde con cánticos nacionales de una á otra colina, y por cima del lecho del torrente, á los cánticos de los jóvenes segadores.

Esos cánticos se asemejan á gritos modulados que nacen de una superabundancia de vida y alegría. Sus últimas vibraciones se prolongan como el eco de las montañas; los músicos las anotan sin poder jamás imitarlas, porque solo nacen en las olas de los lagos ó en el verde de los Alpes, y la naturaleza no se deja contrahacer por el arte.

Para cantar de esa manera es preciso haber recogido en el oído desde que se nace el chapuceo de las olas contra las tablas de la barca en los lagos, el ruido que forma el agua al caer gota á gota sobre la sonora artesa, las melancolias del viento al filtrar por las hojas dentadas del abeto, los mugidos de las vacas que llaman á sus hijos en las alturas, las campanillas graves ó agudas que suenan en su cuello entre los pastos, los gritos de júbilo de los niños que se revuelcan al sol entre los haces de heno á la vista de sus madres, el cuchicheo de los amantes que van asidos de las manos delante de los ancianos, hablándose de la felicidad futura, las despedidas del joven soldado que parte de sus montañas para una larga ausencia vertiendo su corazón en sollozos sobre el camino, ó el grito de júbilo del soldado que vuelve del servicio extranjero en lo alto de la última casita desde donde divisa el campanario de su aldea. Llámase esos cánticos *ranz*.

Los jóvenes hijos de los Alpes lloran y se entristecen cuando por casualidad los oyen lejos de su país. Un solo sonido de voz tiene para ellos mil recuerdos: así está formado su corazón, y así lo está el corazón del hombre. Una voz le escita un recuerdo, un momento le presenta toda su vida, asoma á sus ojos una lágrima, y en esa lágrima se diseña todo un

mundo. Quanto mas sencillo es el hombre, mas frecuentes son en él esas aspiraciones al infinito. Sucede con el corazón humano lo que con un edificio, que cuanto mas vacío está mas resuenan sus concavidades.

V.

El carácter nacional de ese pueblo ha permanecido antiguo en nuestros días modernos. El suizo es un aldeano eterno, es piadoso, sencillo, laborioso, pastor, labrador, patriota, soldado, artesano, y sobre todo libre, pues jamás trueca su vida por la servidumbre. La pequeñez de su patria ha hecho para él del cantón una familia. No tiene ambición de conquista, pero teme siempre ser conquistado.

Ese recelo de usurpación entre los cantones, le hace aliarse imperfectamente con los demás grupos de una misma nación en una confederación incompleta donde falta la unidad, y por consiguiente la fuerza. Un rey le parecería un tirano, y hasta una república demasiado concentrada y algo imperiosa sobre sus ciudadanos le parecería insoportable. El poder municipal es el único que puede tolerar. Quiere gobernarse por costumbres, no por leyes. Sus usos constituyen casi su única legislación. Es un gobierno por aldeas y casi por familias. Su republicanismo no es nacional, sino individual; y de ahí nace su libertad, pero también su debilidad.

Si no estuviese defendido por la naturaleza y por la esterilidad de su patria, hace ya tiempo que habria dejado de existir. ¡Plegue al cielo que exista por mucho tiempo, como el recuerdo vivo de un pueblo primitivo en el corazón de las añejas civilizaciones de Europa, como una raza neutra entre las razas que se combaten al pie de sus Alpes, y como un asilo abierto sucesivamente á los proscritos de todas las revoluciones y reacciones de los pueblos de Occidente!

Sus virtudes solo se hallan empañadas por un vicio, vicio natural en los pueblos pobres; la codicia. La avaricia le encoge la mano y el corazón. Todo lo vende, hasta su propia sangre, por llevar un poco de oro á su país que no lo produce. Valiente y fiel por naturaleza, trafica con sus hijos dándolos en alquiler por un vil salario á los príncipes ó á las naciones que quieren pagarlo. Indiferente hácia la causa por la cual se compromete hasta morir, es el mercenario de las córtes ó de los campamentos, haciendo de la guerra, que solo debe ser un sentimiento de adhesión, un oficio.

El suizo mata ó se espone á la muerte por un sueldo, y libre en su país pone en los otros su brazo á merced de los soberanos, para subyugar á los pueblos. Cumplido el plazo de su

servicio, pasa á otro servicio distinto con la impasibilidad de esos gladiadores del circo, ó de esos elefantes adiestrados para la guerra, que combatían alternativamente con igual valor por los persas ó por los romanos.

V.

Los altos valles de los Alpes, inundados de torrentes, lagos y pantanos, oscurecidos por tenebrosos bosques poblados de osos y fieras, fueron las últimas conquistas del hombre de Occidente sobre la esterilidad y el desierto. En la época de las grandes inmigraciones de hombres del Norte, que salían como enjambres de las llanuras de la Tartaria para inundar la Europa, y hollaban á su paso poblaciones ya domiciliadas, dícese que unas colonias fugitivas de cimbríos y principalmente de suecos, raza ya endurecida por los frios del polo, se instalaron en aquellos altos valles, atraídos por la analogía de sitios, de bosques, de abetos, de lagos, de torrentes y de nieve que les recordaba su propio país. La elevada estatura, los rubios cabellos, el azul de los ojos, la blancura del cutis, la actitud magestuosa y reposada de los suizos de los pequeños cantones, y hasta las semejanzas de los nombres de raza y de los nombres de lugares, vienen á comprobar ese parentesco lejano con los suecos. Aquellos bárbaros habían traído consigo sus idolatrías boreales.

Unos misioneros ermitaños procedentes de la Galia y de Italia, echaron las semillas del cristianismo. Aquel pueblo sencillo é inocente, era accesible por la imaginación al prestigio de los milagros. Su sobriedad, su castidad, su piedad natural, su vida en lucha siempre con los elementos, fuerza visible de Dios, le predisponían igualmente á las virtudes de la nueva doctrina; el Evangelio conquistó fácilmente su fe y su corazón. Aquellas verdes Tebaidas se poblaron como las Tebaidas de Egipto, de capillas, de ermitas, de monasterios, objetos de la veneración de aquellas tribus gobernadas por sus creencias mas bien que por sus leyes.

No tardaron en penetrar en esos valles los francos y los germanos, de los que se encuentran filiaciones en Suiza, procedentes de la Galia y la Alemania. Sus jefes construyeron en ellos fuertes castillos, sojuzgaron á los aldeanos y fundaron pequeños estados, independientes entre sí, y que frecuentemente se hacían guerra unos á otros. Esos estados, erigidos en ducados, condados, baronías ó feudos, estaban terminados por un ventisquero, un lago, un precipicio, una montaña, régimen feudal, nacido del régimen patriarcal establecido en las tribus cuando estas andaban errantes

todavía. El señor feudal no era más que un patriarca, cuya tienda se había transformado en castillo fortificado.

Carlo-Magno, que extendió su poder á todo el Occidente, incorporó todos esos señoríos y todas esas ciudades de la Helvecia al imperio de Alemania, y el emperador de Alemania se hizo señor de la Helvecia. Las ciudades se pusieron bajo su protección para preservarse de las nuevas invasiones de bárbaros, y especialmente de los húngaros, que iban posesionándose de sus valles. Rodeáronse de baluartes y ciudadelas; obligaron á sus habitantes á ser á la vez ciudadanos y guerreros, y se hicieron ciudades independientes, rivales de los señores y de los abades que hasta entonces dominaban solos sobre los aldeanos. El emperador de Alemania sostenía en Suiza un virey con el nombre de bailío, que hacía justicia á todos y tiranizaba igualmente en su nombre las ciudades, los conventos, los castillos.

Los condes de Hapsburg, familia poderosa del canton de Argovia, los condes de Rapperschwyl, dominadores del lago de Zurich, los condes de Toggenburg, rivales de ambas casas, inespugnables en su castillo de Fischingen, y otras muchas familias poderosas, se disputaban la dominación de aquellos grupos de montañas, de aquellos lagos y valles. Su subordinación puramente nominal al imperio de Alemania, no tenía mas sanción que su interés, y sus leyes no eran mas que sus caprichos. Eran los treinta tiranos de Atenas, solo que hereditarios y diseminados en otras tantas fortalezas en la embocadura de todos los valles, sus costumbres eran agrestes, como los sitios donde residían. Sus tradiciones brotan sangre, y las de los condes de Toggenburg, atestiguan la feroz arbitrariedad de sus justicias.

Su castillo construido en la punta de una roca sobre el lago, era un asilo inaccesible á sus enemigos. Uno de los señores de esa casa llamado Enrique de Toggenburg, estaba casado con una jóven nombrada Ida, cuya hermosura era la maravilla de Suiza. El conde estaba tan celoso como enamorado de su bella esposa, y la casualidad vino á dar una realidad aparente á esa sombra de celos que oscurecía su dicha.

Un día en que la condesa Ida contemplaba desde una ventana de su torre el lago y los valles que se extendían ante sus ojos, dejó caer inadvertidamente en el suelo de la ventana, su anillo nupcial que se escurrió de su dedo, y se retiró sin echar de ver que no lo llevaba.

Una corneja que revoloteaba alrededor de las almenas, vió brillar al sol la sortija, y atraída como todas las aves por el brillo del oro, bajó su vuelo, y metiendo su cuello entre las barras, cogió en el pico el anillo y se lo llevó á su nido. Pronto conoció que el oro no equivalía á un gusano para sus hijuelos, y empujando el anillo por el borde del nido,

lo dejó caer en la playa. Un page del castillo que salió á cazar á los pocos días, encontró la alhaja, y no sabiendo á quien entregarla, se la puso en el dedo sin recelar que de eso pudiera resultar mal ninguno.

El conde Enrique que vió el anillo en el dedo de su page, no dudó que fuese un regalo de su muger á su cómplice, y el testimonio de un amor criminal. Sin escuchar otro consejo que el de la venganza, mandó atar al desventurado mancebo á la cola de un caballo sin domar, que dejó sembradas las rocas con sus miembros en la carrera. En seguida cogió entre sus brazos á su muger inocente, y levantándola en alto la precipitó desde las almenas en el abismo. El precipicio se negó á admitir la víctima. Unos arbustos espinosos de los que crecían en los costados de la roca, suspendieron á la hermosa Ida por sus vestidos y largos cabellos al borde del abismo, y logrando aquella evadirse á favor de la oscuridad de la noche, fué á pedir asilo al convento de Fischingen. Su inocencia, reconocida demasiado tarde, llevó á su marido á sus pies; pero aunque ella le perdonó, se negó á continuar siendo su esposa. Ida acabó sus días en una celda del monasterio, orando por él y por el infortunado page, sacrificado tan cruelmente á una sospecha.

VI.

Tales eran las costumbres de aquellos bárbaros señores que tiranizaban entonces la baja Helvecia. Pero la elevación y aspereza de los sitios habían resguardado la libertad de algunas familias de aldeanos, establecidas junto al lago de los Cuatro Cantones en Schwytz, Uri y Underwald.

Protegidos aquellos montañeses en el Norte por las olas tempestuosas de los lagos, al Mediodía por picos y ventisqueros insuperables, y del lado de Alemania por bosques y precipicios, no reconocían otro protectorado que el del emperador, y se gobernaban como en república. Su libertad daba envidia á los habitantes de los valles inferiores sujetos á una porción de tiranuelos. La ciudad de Zurich y otras inmediatas á ellos, como Lucerna, solían unirseles para sustraerse al yugo de los señores y de los aliados.

El conde Rodolfo de Hapsburg, que subió por elección al trono imperial, se acordó de que era suizo, y protegió en un principio á sus antiguos compatriotas contra la opresión; pero su hijo Alberto, envidioso del resto de independencia que las nieves y las rocas dejaban á la Helvecia alta, trató de subyugarla y de extender á aquellas humildes aldeas el nivel de la servidumbre. Los pueblos de Schwytz,

se confederaron para garantizarse mutuamente sus costumbres, sus leyes, sus libertades.

No pudiendo Alberto seducirlos con negociaciones ni caricias, envió y estableció en medio de sus montañas Ingartenientes ó procónsules, sostenidos por sus armas y encargados de hacerles sentir el peso de su cólera y el oprobio de su yugo. Esos procónsules llevaban el título de bailios del emperador, y ejercían en aquellas comarcas la tiranía mas ilimitada, la tiranía delegada y lejana. El país gemía bajo sus caprichos y violencias, sin que el emperador mismo, enemigo suyo, pudiera oír sus lamentos. Sus delegados saqueaban los bienes, encarcelaban á los hombres, deshonraban á las doncellas.

Los crímenes que hicieron espulsar de Roma á los Tarquinos, arrostraban impunemente la indignación pública de aquellos infelices pueblos. Dueños los bailios por sí mismos ó por medio de los señores del partido austriaco, de los puertos, lagos, desfiladeros, valles y castillos que dominaban el país, nada temían de aquella sorda indignación de los aldeanos, únicamente los corazones se sustraían á su dominación, pero tenían encadenados la tierra y los brazos.

El mas cruel é insolente de esos procónsules del imperio era el bailío Gessler, uno de esos hombres que desprecian á los demas y hacen la opresión tan intolerable, que fuerzan á los hierros mismos á romperse entre sus manos. En las montañas todas resonaba el eco de sus crímenes contra el honor de las mugeres y contra la vida de los aldeanos; su nombre era el terror, el escándalo y la humillación de las campiñas. Gessler no disimulaba su odio y su desprecio hacia aquel pueblo esclavo: su presencia en una aldea era un azote para sus habitantes. La menor sombra de bienestar ó de superioridad en una familia, era á sus ojos una insolencia de la libertad.

VII.

Un día en que recorría el canton de Schwytz con su escolta de hombres armados, vió una casa nueva, construida con cierto lujo rústico, por un padre de familia llamado Werner Stauffacher. «No es vergonzoso, exclamó dirigiéndose á sus cortesanos, que unos miserables siervos construyan casas semejantes, cuando tendrían sobradamente con una choza?—Déjadsela construir, le respondió su escudero, y cuando esté acabada, haremos esculpir en la puerta las armas del emperador. Veremos si el que la edifica tiene bastante osadía para disputárnosla.—Tienes razón,» replicó Gessler, y continuó su camino, riéndose del lazo que su consejero había armado al aldeano.

Sin embargo la muger de Stauffacher se hallaba á la puerta cuando pasó Gessler por delante de la casa, y habia oido la conversacion del bailio y del escudero. Tembló, y despidió á los trabajadores antes de terminarse el día, por temor de ofender al tirano si continuaba un edificio que provocaba su cólera.

VIII.

Por la noche, cuando su marido ausente regresó á la aldea, preguntó á su muger por qué no trabajaban los operarios. «Porque basta una choza para siervos como nosotros,» respondió la muger aludiendo á las palabras de Gessler. Stauffacher se sentó tristemente y pidió de cenar: su muger no le trajo mas que pan y agua. Preguntó aquel si no habia venados en los montes ni pescados en el lago. «No es bastante para siervos el pan y el agua?» replicó la muger. Stauffacher comió sin murmurar, reconociendo la verdad de aquella parábola. Cuando entró mas la noche, quiso dormir en el lecho conyugal al lado de la muger á quien amaba, pero esta se negó á dormir en el mismo lecho. «¿Por qué te alejas, le preguntó, del que el cielo te ha dado por marido?—Porque unos miserables siervos como nosotros, no deben dar la vida á esclavos mas desgraciados todavía de lo que nosotros lo somos.»

Entonces aquella muger, refirió á su marido el diálogo que habia oido entre Gessler y los de su comitiva. Stauffacher se levantó indignado, cogió silencioso la espada colgada á la pared, bajó á la orilla del lago de los Cuatro Cantones, se arrojó en una barca de pescador, cruzó el agua y llegó antes de terminar la noche á la aldea de Attinghausen, á la puerta de su padre político Walter Furst.

Walter Furst, antes de interrogar á su yerno, le hizo servir, segun la costumbre patriarcal, vino y carne que estaban siempre dispuestos para los huéspedes. Stauffacher apartó con la mano el vino y la carne.—«He hecho un voto, dijo á su suegro, y es no beber vino ni probar carne, en tanto que seamos esclavos.»

El suegro y el yerno se sentaron, y hablaron en voz baja de los ultrajes de sus tiranos y de la indignacion de sus corazones, y recorrieron en su memoria los conciudadanos suyos que habian sufrido de Gessler agravios mas imperdonables, y que mantuvieran mas vivos en los agraviados el deseo de venganza y el amor á la libertad.

Recordaron un jóven aldeano llamado Melchtal. Un dia en que este labrador envió á su criado con dos hermosos bueyes, la riqueza, la fuerza y la gloria de sus establos, y se hallaba trazando un sureo en sus tierras, admirando el rigor de sus reses y el lustre de su pelo.

acertó á pasar un servidor del bailio. Vió este los bueyes con ojos de envidia, los declaró demasiado buenos para un siervo, y cortando las ataduras con el filo de su cuchilla, se dispuso á quitarles el yugo para llevarse los á su amo. El jóven aldeano desesperado, desgajó una rama de abeto del lindero de las tierras, y en defensa de sus bueyes rompió el brazo al raptor. Con semejante crimen no quedaba mas que huir de la venganza de los bailios. Melchtal andaba errante en los bosques vecinos, alimentado en secreto por la piedad de sus conciudadanos. Parecióles á Furst y á Stauffacher un cómplice que les proporcionaba la persecucion, y despues de buscarle en su retiro, le confiaron la conjuracion que habian concebido en aquella noche impulsados por la desesperacion.

Cada uno de ellos vivia en un canton diferente: uno en Schwytz, otro en Uri, y el tercero en Underwald. Los tres conocian á los hombres mas agraviados, mas intrépidos y mas implacables de su canton. Eligió diez cada uno, y se comprometieron á llevarlos en una noche convenida al punto de reunion en Grutli, para concertar allí la insurreccion y prestar el juramento de libertad ó muerte.

IX.

El Grutli, pequeno promontorio avanzado de la montaña, rodeado por tres partes por las olas del lago á que dan sombra espesos grupos de abetos, era un sitio admirablemente elegido por los conjurados para la trama nocturna de una conjuracion. Un centinela colocado en el enlace de la peninsula con el continente, podia evitarlos cualquier sorpresa avisándoles la proximidad de los espías de Gessler, y si llegaban á ser sorprendidos, sus barcas envueltas en la sombra de la ribera podian sustraerlos en breve á la persecucion de los soldados.

X.

En la noche del 17 de noviembre de 1307 los treinta conjurados, despues de bajar de uno en uno de sus montañas, ó de cruzar el lago en sus barcas de pescadores, se reunieron como estaba convenido, en el promontorio de Grutli. El cielo y la tierra, las estrellas y las aguas, fueron sus testigos. Nunca conspiracion mas legítima ni mas santa, habia invocado estos testigos de Dios en las maravillas de su creacion. Era la naturaleza conspirando inocente ante la naturaleza misma: era el corazon humano re-

velado en sus instintos mas imprescriptibles, y que levanta su voz en algunos hombres sencillos exclamando: «Tambien soy yo una obra de Dios, y al reivindicar mi libertad, es á Dios á quien reivindico y defendiendo en su mas sublime atributo, el don de la libertad arrebatada por tiranos á su criatura.»

Aquellos hombres rústicos no malgastaron el tiempo en vanas arengas: la naturaleza hablaba en todos ellos un mismo lenguaje: algunas frases breves y en voz baja, algunos ademanes significativos, algunos rudos apretones de mano fueron toda su elocuencia. Habíanse reunido para prestarse juramento unos á otros, no para animarse con discursos.

¿Qué hubieran dicho que hubiese equivocado á aquel encuentro premeditado de tantos oprimidos lastimados cruelmente en su libertad, en su dignidad, en su amor; á aquella noche suprema que cobijaba bajo su sombra la resurreccion de un pueblo, á aquellas montañas, aquellos astros, aquellas rocas, aquellas aguas, y al dia siguiente, á aquellas espadas desenvainadas por la mas santa de las causas? Demóstenes, Ciceron, Catilina, Mirabeau, se hubieran sentido anonadados ante semejante tribuna. Cuando el sentimiento es innato, profundo, arraigado, nada añade la palabra á la conviccion. El silencio es la arenga de las conjuraciones que no son conjuraciones de politica ni del crimen, sino de la naturaleza: esa fué la elocuencia del Grutli.

XI.

«Juramos, dijeron estendiendo la mano Walter Furst, Stauffacher, Melchtal, Werner; juramos en presencia de Dios, ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por nuestros hermanos; emprenderlo todo en comun, no tolerar injusticias, ni cometerlas tampoco nosotros mismos, respetar los derechos y propiedades del conde Hapsburg, no hacer mal ninguno á los bailios imperiales, pero poner un término á su tiranía!»

Fijóse para el 1.º de enero siguiente, 1308, el dia de la insurreccion. Las tradiciones suizas hablan de tres manantiales que brotaron milagrosamente á estas palabras, á los pies de los tres gefes de la confederacion del Grutli, y que todavía existen; pero la tradicion aqui rebaja aquel gran acontecimiento: el milagro estuvo en el corazon de aquellos treinta hombres de donde brotó la libertad helvética, y no en la arena hollada por sus plantas.

Al dia siguiente, un nuevo atentado de un señor, protegido por los bailios, sembró el horror en los tres cantones. Aquel señor se habia prendado de la hermosura de la muger de uno de sus siervos. Hallándose ausente el marido,

entró en la casa, mandó insolentemente á la muger que le preparase un baño, y le hizo proposiciones vergonzosas. La pudorosa muger se evadió y se refugió en el bosque, donde trabajaba su marido, á quien refirió el ultraje. El marido voló con su hacha, entró en su casa, halló al tirano en el baño, le hirió la cabeza, y huyó al bosque con su muger. Un grito de indignacion subió desde el fondo de los valles hasta las cumbres de los Alpes. Nadie creyó tener ya seguro el mas precioso de los bienes, la castidad de las esposas. La conspiracion de los treinta héroes del Grutli tuvo cómplices en todos los maridos y en todos los hermanos. Sin embargo, el corazon de aquel pueblo no rebotaba todavía.

Un último ultraje exasperó el de los padres y de las madres y de los hijos: no parecia sino que la tiranía de los bailios queria acumular en contra suya todos los resentimientos de la naturaleza á un tiempo. Aqui aparece por la vez primera en la emancipacion de su patria Guillermo Tell.

XII.

Los sordos murmullos que surgian de las aldeas y de las cabañas contra las crueldades del bailio Gessler, lejos de amortiguar la opresion de aquel gobernador, la irritaba mas y mas. Quería aquel domar por la fuerza los primeros sintomas de rebelion que se leian en los rostros de los aldeanos; desafiaba la paciencia del pueblo, inventaba crímenes á fin de tener culpables á quienes castigar. Mandó clavar en la plaza pública de la aldea de Altorf un abeto, y en la cima del palo hizo colocar su sombrero sobre el cual habia puesto la corona de Austria. Todo aldeano ó ciudadano que pasara por delante de aquel signo de la soberania del emperador, tenia obligacion de descubrir su cabeza y saludar el sombrero, y los guardias, apostados al pie del palo, en la plaza, estaban encargados de prender á los que se mostraran rebeldes rehusando aquel servil homenaje al sombrero del gobernador.

La mayoría se prestó sumisa á aquel capricho de la tiranía, bien fuese por desprecio ó por horror al tirano, pero hubo uno que se resistió. Era este un simple aldeano de Uri, pescador del lago y cazador de venados, llamado Guillermo Tell. No era conocido hasta entonces mas que por su intrepidez en surcar las olas en las borrascas mas fuertes, y por su destreza como arquero en acertar al blanco con la flecha de su ballesta. Suponíasele tan ageno á las impresiones politicas que agitaban el país, que ni siquiera fué invitado entre los treinta á la reunion del Grutli. Alimentaba él solo su conspiracion en su conciencia y en su corazon.